

Plaza pública

para la edición del 15 de febrero de 1995

Robledo

Miguel Ángel Granados Chapa

Roberto Zamarripa, enviado de Reforma a San Cristobal de las Casas, dio la primicia. A las ocho cuarenta de la mañana de ayer, transmitió la noticia a la Plaza pública de Radio Universidad: Eduardo Robledo Rincón pidió finalmente licencia a la gubernatura de Chiapas, en medio de la evidencia de que no podía regir esa convulsa entidad, donde todo pasaba, en el mejor de los casos, al margen de su voluntad.

Robledo duró en el cargo casi diez semanas, desde el ocho de diciembre. Su presencia en ese lapso generó costos que pudieron haberse evitado si se hubiera resuelto su renuncia con anticipación. Hoy, no puede ser presentada como una contribución a la paz, ya que cuando mucho es una aportación a que no empeoren las condiciones que su efímera gubernatura contribuyó a crear. De modo que un gesto que pudo ser apreciado será visto sólo como una consecuencia inexorable del desgaste gubernamental en Chiapas.

Sin embargo, junto con otras acciones asumidas ayer, la separación de Robledo aligera el espeso clima prevaleciente en Chiapas. Hacen juego con ella la orden dictada por el Presidente Zedillo al Ejército federal para que no avance más (y no arrincone a las comunidades zapatistas en éxodo hacia la selva), y la nueva presencia

de la comisión legislativa para el diálogo y la conciliación, que será el eje de las iniciativas que corrijan el fallido desplante gubernamental propiciado por la línea dura.

En una perspectiva puramente humana, la suerte de Robledo, como la de Eugenio Ruiz Orozco en Jalisco, amerita condolencia. Ambos forjaron su carrera política con una meta, la de gobernar a sus entidades. Pero, al margen de su personalidad, la circunstancia en que les llegó la ocasión no fue propicia, sino adversa. Es seguro que, en otro contexto, Robledo habría podido desplegar sus talentos. Pero fue escogido candidato como si nada ocurriera a su alrededor, siendo que Chiapas imponía nuevas conductas, que el PRI y su abanderado rehusaron practicar. Para colmo, fueron aun más insensibles a la hora electoral, y se condujeron como en los viejos tiempos, amañando los procedimientos comiciales, ignorantes de que una sociedad atenta, en ese estado y fuera de él, no soslayaría ese comportamiento.

En vez de que la elección local se convirtiera en instrumento de concordia, nuevo punto de partida para el arreglo del conflicto planteado por el zapatismo en armas y los que a su sombra generó la exigencia de tierras, el proceso electoral se agregó a los motivos de la disputa social. Por coincidir el relevo de gobernador en Chiapas con el presidencial, pudo aprovecharse la coyuntura para que el nuevo gobierno federal se deslindara del impugnado proceso local y su resultado. Pero el Presidente Zedillo, en vez de abstenerse como lo hizo en Tabasco un mes más tarde, consagró con su presencia la

asunción de Robledo. De modo que, al compartir con él su ascenso, le corresponde también la parte alicuota de la caída y de los costos correspondientes. Lo que pudo ser una victoria deliberada, un tributo al entendimiento, es una derrota impuesta por circunstancias poderosas.

Por añadidura, Robledo se marchó entre muestras de despecho. Pedir al obispo Samuel Ruiz que renuncie, siguiendo su propio ejemplo, es doblemente falaz. Primero, porque el ex gobernador no se va en ejercicio de su autonomía personal. Y, segundo, porque él era parte del problema mientras que don Samuel es parte de la solución. El obispo ha contribuido eficazmente a la pacificación de Chiapas. Negarlo es cerrar los ojos a la realidad. Si fue posible la tregua en los primeros días de enero, y luego fue posible el contacto con el zapatismo, eso ocurrió con su participación. El diálogo con la dirección del EZLN se efectuó en la sede de su gobierno diocesano, la catedral de San Cristobal de las Casas. El propio Robledo lo visitó el mes pasado, cuando el obispo ayunaba en pro de una paz justa y digna. Y el gobierno federal admitió que encabezara la comisión mediadora. Si a estas alturas, en que se busca con ansia retomar los enlaces y reiniciar el diálogo, ante la frustración de la vía armada, el obispo renunciara, su retirada contribuiría a embrollar más el enmoarañado paisaje chiapaneco.

También pidió Robledo a Amado Avendaño que depusiera su ambición. Un signo de intolerancia frecuente en el gobierno es atribuir a sus opositores las peores motivaciones. Avendaño no es un hombre de

poder, de modo que malamente se puede acusarlo de apegarse a él o desearlo con desmesura. Hasta ahora, Avendaño no ha recibido más que padecimientos, en su persona y en su familia, de la lucha que ha emprendido, cuyas gratificaciones corren por sendas distintas de las que el ex gobernador Robledo conoce y disfruta. Por lo tanto, no vacilará en exponer ante la asamblea democrática del pueblo chiapaneco, de la que políticamente depende, su propio alejamiento. Una posición en tal sentido (es decir, el retiro simultáneo de Robledo y Avendaño) había sido manifestada por el tribunal electoral del pueblo chiapaneco, y el "gobernador de transición en rebeldía" no había sido insensible al pedido. De modo que el director de El Tiempo no se aferraba a cargo alguno.

Para no hacerlo morder el polvo enteramente, se ha admitido que Robledo designe a su sucesor. Julio César Ruiz Ferro, en efecto, era el representante del gobierno chiapaneco en la ciudad de México, desde el 11 de enero. Pero Ruiz Ferro (ex director de Diconsa, ex director de la Comisión Nacional de Avalúos de la Sedesol, lo que habla de su filiación colosista) tiene una personalidad propia, que le permitirá no encarnar una suerte de robledismo sin Robledo. Ignoramos si posee la catadura precisa para encarar la difícil circunstancia que lo coloca en el Ejecutivo local. Deseamos que la tenga. No bastará, por supuesto, su propio aporte personal para que la situación chiapaneca mejore. Pero sin esa contribución, empeorará.